

Pero un crimen de Sexto, un crimen personal, acabó de revelar todos los males encerrados en la monarquía y de abrir el abismo donde se hundiera. Este crimen fué su atentado al honor de Lucrecia, esposa y madre de familia. El hogar doméstico aparecía como un templo sacro en la vieja Roma. Santuario verdadero el sitio donde habitaba la familia, ungido por un respeto religioso incompatible con toda profanación. El padre allí parecía un Dios. El vínculo, el dominio, la propiedad perteneciente al instituto llamado familia, se alzaba en los efectos de aquella sociedad á una especie de tierra sacra. La unidad religiosa, económica, política, jurídica, representada por el padre, imponíase con rigor inexorable. El hombre libre y sin tutela ninguna, la mujer con este hombre unida por las leyes y por los ritos, el hijo con su esposa y con sus hijos, las hijas solteras constituyen los factores esenciales de la familia romana. Por más que los hijos puedan tener algún rebaño aparte, peculio, los bienes todos familiares puestos en común y repartidos entre la común familia pertenecen al padre, quien, soberano, legislador, sacerdote, juez, verdugo de toda su gente, dispone hasta del agua que beberá, con el fuego en que se calentará toda su familia. La patria potestad romana, revestida con todas estas facultades y poderes, tiene una perpetuidad ignorada en otros estados y en otras gentes. La muerte, solamente la muerte, puede romper el vínculo que ata esa especie de haz, como el esclavo, llamado hijo, con la superior y altísima persona del padre. Buscando la ciudad en sus instituciones y en sus leyes un férreo temperamento apropiado á la primera entre todas las virtudes romanas, á la fortaleza, sólo pensaba en forjar hombres fuertes, capaces de hacer por su parte vigorosísimo y formidable al Estado. La soberanía, la potestad, las facultades, las jurisdicciones al Estado pertenecientes, provenían de la familia, del padre, del patricio, del soberano, á quien se le obedecía como á un Rey, se le veneraba como á un dios y se le oía como á un oráculo, resplandeciendo en toda su persona cierta especie de autoridad religiosa, la cual llegaba de suyo hasta tomar caracteres litúrgicos. Un hogar sacro, una propiedad inviolable, la familia unida y respetada, el rito familiar celebrado como un culto público, los penates queridos y adorados en común, el fuego perpétuo sobre las aras ungidas por oraciones y por sacrificios, constituían una institución por tal modo fuerte, que no sólo tocaba con sus raíces y con sus derechos al Estado, sino también por su perpetuidad y por su aspecto religioso al cielo. En esta familia la mujer estaba, como todos los individuos del hogar, bajo la tutela del marido, quien, no embargante su poder y su fuerza, permitíale una dirección administrativa y aun política en la casa de verdadera y transcendental importancia. La mujer en Roma, después de haber compartido con su esposo la torta nupcial, confarreación, y de haberse dejado partir con una lanza el cabello por mitad, y de haberse pasado los vestibulos y límites domésticos en brazos, para que no los tocara con sus plantas, aunque por todos estos signos parezca sierva, es realmente señora, y señora muy activa de su hogar. El esclavo molerá el trigo y guisará la comida,

pero bajo la inspección suprema de la mujer, quien trueca esta inspección, verdaderamente consuetudinaria, en autoridad restricta por el poder inmenso de su marido, pero verdadera, real y activa.

El arado constituía, digámoslo así, una especie de blasón superior en la primitiva familia romana, que no concebía de ningún modo al padre sino guiando la yunta. Así el buey era tan querido como el siervo en aquellas leyes inexorables y en aquellas costumbres vigorosas. La vara con que dirigía el labrador sus bueyes tomaba el aspecto y la importancia de un cetro, y como la vara del labrador era también el huso en las mujeres, pues un arado y un huso constituían los dos grandes blasones de la familia romana. Al hijo se le daba una porción de propiedad con el nombre pastoril de rebaño, y á la mujer se le daba el vellón de este rebaño para que lo transformase y lo convirtiera en lana hilada y apercebida para la vestidura de todos. Así la verdadera matrona romana se nos aparece cual si en los ojos la lleváramos grabada, sobre su amplia sede; los pies calzados por las sandalias y en un taburete; la sacra lámpara de sus vigilijs puesta sobre trípode; de la cual se levanta una columnilla y concluía con una copa donde relucen los resplandores de la luz alimentada por oloroso aceite; y el huso en las manos, el huso, tenido, no sólo como un instrumento de trabajo, como un cetro que indica su autoridad particular y completa la significación tan importante del arado. Las dos bases, pues, de la familia romana constituían en la obediencia más ciega prestable al *pater familias*, y en el culto religioso á la castidad de la mujer y la sujeción más completa y más constante á la parte del poder y autoridad que le tocaba en el gobierno y en la dirección de todos. Estos caracteres de la familia romana no tenían tan sólo una índole privada, tenían también índole pública, una índole verdaderamente religiosa, y alcanzaban la excelsa magnitud del Estado. En todo tiempo sucedió así, porque la familia romana constituía la piedra fundamental de aquella organización. ¡Cuánto más no debía suceder en los tiempos primitivos, donde se concentraba como en una semilla se concentran las ramas, las flores, las fructificaciones futuras, se concentraban todos aquellos institutos que habían de componer el colosal organismo de Roma! No hay, pues, que decir cómo y cuánto en los antiguos ciudadanos del respetable Lacio les interesaba la conversación de sentimientos, sin los cuales aquella ciudad podía sufrir en su vida interior un detrimento cual nunca se lo infirieron sus enemigos exteriores. Más le valía ciertamente á la Roma pagana perder las piedras de sus hogares, la cortina de sus muros, los dioses de sus aras, las legiones de su ejército, que perder aquella virtud suprema, la cual para la gran suma de su autoridad inmanente y poderosa extraía del doble respeto á la terrible majestad del padre y al pudor sacrosanto y á la religiosa castidad de sus matronas. Así, nadie tenía tanto interés en la continuación de todas estas virtudes sociales como aquel ó aquellos á quienes la sociedad encargaba su dirección y su gobierno. Los Tarquinos en general y en particular Sexto,

por lo mismo que se llamaban príncipes y reyes, por lo mismo que tenían el mundo romano á su cargo, estaban interesados como ningún otro ciudadano, en que fuera el hogar un verdadero templo, la familia una verdadera institución litúrgica, y la madre una diosa verdadera. Desconocer esto equivalía, en suma, desgraciadamente para ellos, para Tarquino el padre y Sexto el hijo, á perder la monarquía. Pues nada menos que á la familia quiso atentar Sexto Tarquino, heredero del *Soberbio*; y atentando á la familia perdió todo el poder y autoridad de los suyos y enterró consigo la monarquía romana. No se puede hojear la Historia sin ver cumplidas en cada uno de sus episodios las leyes de una justísima expiación demostrativa de que hay un Dios en el cielo, y de que este Dios no niega jamás al mundo su necesaria é incontestable Providencia.

Corría la guerra con los róticos, quienes habitaban ó tenían la ciudad de Ardea, célebre á la sazón aquella, por su poder y sus riquezas. Estos dos privilegios llamaron sobre sus muros el asedio y el asalto; sobre sus habitantes la guerra y el combate; porque, agotados los dineros públicos en los dispendios necesarios á las obras y edificaciones magnas, necesitaba Tarquino llenarlos con robos, ocultos bajo las necesidades inevitables de una formal conquista. Además la soberbia, la voluntariedad, la tiranía, las crueldades graves cometidas con tanto ahinco para ganarse la dominación suprema primero y luego para conservarse de un modo perdurable, habíanle desavenido y enajenado todos los súbditos opresos bajo el formidable gravamen de tan terrible arbitrariedad y humillados bajo el oficio de siervos impuestos á su condición altiva por las innumerables constricciones. Todo déspota intenta dorar las cadenas de sus esclavos con glorias militares y divertir los deseos de libertad con los empeños de la guerra. El sitio de Ardea ocurría con oportunidad á todas estas necesidades, y ocupaba en una especie de vistoso juego militar á los nobles y á los plebeyos, que pudieran dejarse atraer y seducir al reclamo de las tenaces aspiraciones políticas, tan extendidas como arraigadas, hacia el derecho y hacia la libertad. Sitio de tal género se arrastraba con languidez, y servía para que los sitiadores se holgasen y jubilaran á una con gana. Juegos de todas clases, principalmente los de azar, simulacros militares de todos géneros, orgías en las tiendas, tertulias indecentes entre los jefes, de serciones nocturnas á las circunvecinas ciudades y aun á la ciudad Eterna, he ahí en qué pasaban su tiempo los enemigos de Ardea. Con decir que Sexto Tarquino dirigía lo que pudiéramos familiarmente llamar el cotarro, está dicho todo. En su tienda se reunían los jefes á departir sobre sus murmuraciones y escándalos, á jugar con dados y á emborracharse con vino viejo. Estaba en una de las cenas dadas por Sexto, un joven patricio llamado Colatino, esposo de una bella romana llamada Lucrecia. La conversación de los jóvenes recayó sobre materia tan divertida como las mujeres. Y, en vez de darles como tantas otras veces, por dicharachos y calumnias, les dió por alabanzas y encarecimientos. Loaba cada cual á porfía su propia mujer, compitiendo en hipérboles múltiples y aun arriesgando

apuestas considerables. Colatino, exaltado por su propia elocuencia, cual suelen todos los gárrulos, propuso la prueba más fehaciente: una correría nocturna en aquel mismo instante á Roma, fácil de realizar en breve tiempo; y cerciorarse así de las ocupaciones respectivas en que se hallaban embargadas las mujeres de cada cual á su arribo. Jovenes, y arriesgados y de aficiones aventureras, nada tan fácil como á caballo montar y con rápido paso dirigirse al hogar, donde la virtud individual de cada mujer se probaría fácilmente por la ocupación particularísima en que muy de súbito las podían sorprender y encontrar. Aceptado el reto, jugaron la partida y salieron á todo correr hacia Roma. Llegaron al término de su carrera en momento muy propicio á sus investigaciones, en el crepúsculo vespertino. La incierta luz, el cansancio de una larga jornada, el comienzo de las sombras, el término de los trabajos diarios, invitan en tal instante del día con imperiosa invitación al necesario recreo y con el recreo al consiguiente descanso. Un trabajo á tal hora y en familias nobles ó patricias, indicaba una práctica perfecta de altas virtudes domésticas. La experiencia dió el triunfo á Colatino, y confirmó la entera verdad y el sólido fundamento de su juicio. Mientras la mujer de Sexto Tarquino y la corte de matronas y damas que la circuían se gozaban á una mesa espléndida con oír deliciosa música, oler embriagadores aromas, gustar sabrosos manjares, apurar en áureas copas vinos ardientes, y ver cómo danzaban las doncellas de su séquito y los atletas á la usanza griega, ofrecían escultóricas actitudes, mientras todo esto pasaba en los regios palacios, Lucrecia, recatada en sus sentimientos, recogida en su hogar dentro de lo más hondo y más oculto del cubículo romano, circuida por las mujeres de sus servidumbres, sentada en su sede, los pies sobre su taburete, el huso en la mano, hilaba esperando la hora del sueño y departiendo con la familia en coloquios elevadísimos de cosas completamente honestas. Los dos Tarquinos, el príncipe y el Rey, pernoctaron en casa de su conciudadano y dijeron cuánto admiraban el orden allí reinante y la virtud resplandeciente. Con efecto, Lucrecia los agasajó con toda la obsequidad, pero con toda la reserva y compostura propias de virtuosa matrona romana, que observa y cumple sus deberes con los amigos de la casa y de la familia, sin dar motivos, ni por actos, ni por gestos, ni por frases, ni por miradas, á sospecha ninguna respecto á su esclarecida virtud, tanto más bella cuanto que, arraigada en las costumbres y en la vida, no se permite ostentación. He aquí, pues, confirmado el juicio de Colatino por su propia esposa y desconcertadas todas las dudas del recelosisimo Sexto, que había perdido una importante apuesta, y además de una importante apuesta, la paz del alma, salteada en aquel espectáculo de virtud y grandeza moral por un bajo pensamiento que le condujo al más vil de los propósitos.

La castidad tentó al vicio. Para el audaz y el temerario no hay como la fortaleza muy alta y el fruto muy prohibido. Manchar aquella conciencia, pervertir aquella voluntad, tender por tierra una virtud tan elevada, acercarse á un lecho inaccesible, perder á una es-

posa virtuosísima, aspirar esencias y gustar mieles reservadas á uno solo en la tierra, aumentar los goces con las dificultades y las resistencias invencibles, burlar al marido, reirse de su confianza y desquitarse de su apuesta, penetrar en santuario tan cerrado, ¡qué voluptuosidad para un voluptuoso incapaz de guardar ningún respeto, ni divino ni humano, cuando está por medio el codiciado logro de su deseo y la satisfacción de sus apetitos! Sexto Tarquino, que tenía todas las propensiones del vicio, por complexión y por hábito, no pudo aquella noche, terrible para él, conciliar el sueño, pensando en la hermosura de Lucrecia y en la felicidad de Colatino. Apremiados por sus deberes militares, el Rey, el príncipe y el patricio, tuvieron que volverse todos en veinticuatro horas al sitio de Ardea; desde donde habían ido á Roma, residencia de la familia real, y á Colacia, residencia de la familia Colatina. En el momento de separarse y decirse adios, la dignidad majestuosa de Lucrecia, la ternura de las miradas dirigidas á Colatino, la reserva tan pudorosa de su noble actitud, acabaron por trastornar á Sexto, y por inducirle al nefasto crimen. Apenas se habían separado en alegre compañía todos del hogar, cuando se prometiera él á sí mismo volver, y volver con toda celeridad, impulsado en parte por sus propensiones al vicio, y, en parte, por el deleite más triste y mezquino todavía de asaltar una inaccesible castidad, y reirse á mandíbulas batientes del burlado marido. No pensaba en su perversión irremediable aquel hombre, todo cuanto iba con su atentado á vulnerar: el hogar sacro, la virtud femenina, los dioses lares, los afectos de amistad, los respetos debidos al honor ajeno, las leyes todas civiles y morales, aquella confianza de que, solamente un desalmado se hace indigno y aquella región de la hospitalidad, tan válida entre los romanos y tan verdaderamente indispensables para las relaciones sociales. La voluptuosidad nativa en Sexto, le cegó; y, sobreponiéndose á todos los afectos humanos y desoyendo todas las voces divinas, que resuenan hasta en las más sordas conciencias, concibió su intento y le llevó á término, con lo cual se atrajo un irreparable castigo sobre su propia cabeza y sobre su poderosa familia.

Huyendo Sexto del antiguo comercio con Colatino, y recatándose de su compañía, con el fin de poder alguna vez partirse á sus anchas del sitio, sin que lo notase por modo alguno el amigo á quien se proponía herir, maduró el proyecto, poniéndolo con sigilo y con oportunidad por obra. Cierta noche, seguro, muy seguro de que no podía notarlo Colatino, se partió, acompañado solamente por un militar, y tras una desbocada carrera, llegó, entrada ya la noche, á Colacia. En la hospitalidad romana de aquel tiempo, no tuvo Lucrecia otro remedio que amoldarse á las costumbres reinantes y admitir el huésped, á pesar de hallarse acá en Ardea ocupado el jefe de la familia y dueño del hogar, su esposo Colatino. Bien es cierto que todas las tradiciones romanas á una se hallan contextes en que, dados los respetos religiosos de aquellos hombres y de aquellos tiempos á la hospitalidad, no podía contraer la matrona romana sospecha ninguna sin exceso de susceptibilidades y sin verdadera cavilosidad. Así, el huésped cenó á sus anchas; y tras la cena, pasó á dor-

mir en su respectivo apartamiento. Imagináos cómo dormiría. El continente majestuoso de la mujer deseada; las palabras de uno á otro dirigidas; el aroma de la virtud que, lejos de amortiguar, avivaba el deseo; la consideración de hallarse todos bajo el mismo techo; la vecindad del cuarto de Lucrecia; lo muy meditado de aquel intento, que los asaltos de todos los apetitos y los ensueños de todas las voluptuosidades recrudecidas; el cercano logro de un fin preconcebido con tan grande anticipación y alcanzado en aquellos angustiosos minutos, debía tener fuera de sí á Tarquino en la hora nocturna y terrible de su crimen. ¡Con qué ansiedad aguardaría el silencio! ¡Cómo el menor airecillo, el crujir de cualquier puerta, el gritar de cualquier ave, los ruidos más leves, los ecos más apagados, le desasosegarían allá en su interior, sin tener que contar, además, con los recelos de sí propio y las reconvenções de sus remordimientos! Lo cierto es que Tarquino aguardó con espera indispensable, como el bruto rapaz y carnicero que atisba su presa, el momento y la coyuntura indispensables á la satisfacción de su apetito. Dormía todo, callaba todo, cuando el hijo de los Tarquinos se dirigió al cuarto donde dormía Lucrecia.

Las casas de nuestras ciudades modernas se dilatan por tal modo sobre la calle, y ostentan á una tanto número de huecos abiertos en sus fachadas, y permiten una multitud de vecinos tan enorme, que parecen construídas para lo exterior y no para lo interior, para una comunicación abierta con la gente de fuera y no para las estrechas relaciones íntimas con los individuos de una misma familia y gente. La casa romana, por modo bien diverso, converge hacia lo interior. Por eso todas las habitaciones dan á las galerías y todas las galerías á los patios. Como la llama del fuego sacro mantiene dentro de aquel templo vivo todo el calor indispensable á los hogares, la diurna luz de éstas, parece como la proyectada por los lampadarios en las noches, una luz doméstica é interior, proviniendo de cielos extendidos sobre los patios y reflejados en la taza de sus fuentes. Una casa en Roma, después del vestíbulo donde se levantaba el limen ó línea divisoria entre lo interior y lo exterior, tenía el atrio, sitio á donde daban todas las habitaciones de familia. Una diferencia enorme tenía el peristilo, á donde daban todas las habitaciones de familia. Una diferencia enorme y muy característica existía entre la casa griega y la casa romana. Mientras en la primera más vecina de suyo al Asia, y con el Asia más correlativa, había un gineceo, apartamento destinado á las mujeres, pálido recuerdo, pero al cabo recuerdo, del harén oriental; en la segunda, mujer y marido disfrutaban de las mismas habitaciones, lo cual traía mayores intimidades á todos los miembros componentes del hogar y mayor predominio á la esposa sobre su cónyuge y á la madre sobre sus hijos. Dadas las costumbres latinas, que facultaban á las mujeres para en su hogar presidir, no solamente las visitas, la hospitalidad fácilmente se comprende que Lucrecia debió instalar su visitante y huésped en el más cómodo lugar, y de consiguiente, dentro del peristilo, en habitaciones quizás lejanas á las suyas, pero dando sobre las galerías llamadas fauces, que daban sobre los patios interio-